



Sin dinero, amenazados y escondidos

(Neldy San Martín, pág. 43-45)

Sofía se maquilla todos los días para estar en su habitación. Las horas pasan entre el celular y la televisión. La comida está en desechables sobre el tocador. También las galletas y el pan blanco, junto a la crema corporal y la plancha alaciadora de cabello.

La ropa está doblada sobre una maleta, también cuelga de repisas. Ella y su abuela están confinadas desde hace 160 días en un cuarto de hotel de seis metros cuadrados en la Ciudad de México, pero no por la pandemia, sino porque fueron secuestradas, están amenazadas y huyeron de su país, Honduras.

Como Sofía –cuyo nombre fue cambia-do por seguridad–, muchos de los huéspedes de este hotel de la Ciudad de México son migrantes que buscan la condición de refugiados. Durante los meses de aislamiento social por el virus SARS-CoV-2 la vida se detuvo para la mayoría de la población mundial, pero no para los desplazados de la violencia en Centroamérica, quienes tuvieron que huir de sus países en busca de protección.

Mientras 100 naciones cerraron sus fronteras para contener la propagación del virus, México siguió recibiendo migrantes; en total alcanzó 17 mil 800 solicitudes de asilo y refugio de Honduras, Haití, Cuba, El Salvador y Venezuela durante el primer trimestre del año. Lo anterior representa 33% más en comparación con los primeros tres meses de 2019, de acuerdo al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur).

Por el covid-19, unos 65 albergues en el país decidieron dejar de recibir a más migrantes de los que ya alojaban. El viejo hotel donde está Sofía, cuya ubicación se omite por motivos de seguridad, cerró sus puertas en los primeros meses de la pandemia conforme al color del semáforo epidemiológico, que era rojo en la Ciudad de México, pero las dejó abiertas para el Programa Casa Refugiados (PCR) y se convirtió en un hogar temporal para decenas de migrantes en medio de la contingencia.

En la entrada del inmueble hay gel antibacterial, tapetes sanitizantes y el PCR impartió capacitaciones en temas de prevención de covid-19 en los cuatro hoteles de la red para refugiados. “Convertimos los hoteles en albergues”, dice en entrevista Gerardo Talavera, director general del PCR.

Cuando Sofía llegó en abril a México por Tapachula, Chiapas, descubrió que no iba a estar segura en ese lugar, pues se encontró con pandilleros de la Mara 18 que habían participado en su secuestro.



Ella y su abuela huyeron de nuevo. Primero se quedaron en Ixtepec, Oaxaca, y luego emprendieron su ruta hacia la Ciudad de México, pero en pleno auge de la pandemia los albergues estaban saturados. Se acercaron al Programa Casa Refugiados y las alojó en un hotel.

En Tapachula habían solicitado la condición de refugio, que, según el artículo 13 de la Ley sobre Refugiados, Protección Complementaria y Asilo Político, se otorga a todo extranjero en territorio nacional que “ha huido de su país de origen porque su vida, seguridad o libertad han sido amenazadas por violencia generalizada”.

El secuestro

Ahora en su habitación, de la que prácticamente no sale, Sofía, una hondureña de 23 años, cuenta su historia: abandonó su país y en él a su familia, amigos y novio. Su abuela “Miriam” no quiere escuchar la historia y sale del lugar.

“Huí de mi país, como la mayoría lo hace. Tuvimos un grave problema: estuvimos secuestradas durante 12 horas en Honduras”, es lo primero que cuenta; luego dice que fue el día más difícil de su vida porque creyó que iba a morir...

Todo comenzó cuando fue a visitar a una tía a una colonia dominada por la Mara 18. Como ella vivía en un territorio que estaba controlado por el grupo rival, la Mara Salvatrucha o MS13, fue identificada y acusada de ser espía de esa pandilla. Las llevaron a una casa. Su abuela es hipertensa. Las amarraron de pies y manos, y a Sofía la golpearon.

Después de 12 horas su familia logró que fueran rescatadas y denunciaron a los presuntos secuestradores. Cinco de ellos fueron detenidos. Eso las puso de nuevo en el radar de la Mara 18.

“Vine llorando todo el camino porque es difícil dejar toda tu vida, amigos, escuela, trabajo, novio. Es complicado, pero se puede empezar de nuevo, sobre todo porque sabes que no puedes regresar”, cuenta sentada en la cama que comparte con su abuela.

“Cuando llegamos aquí no había mucha gente. Pero ahora es complicado porque ya abrieron el hotel y hay mucha gente y hay que tener mucho cuidado, no andar en los pasillos”, añade sobre el constante temor de que sean encontradas.

Muestra el pastillero que le dio Médicos Sin Fronteras (MSF) con medicamentos para ayudarla con su ansiedad y que pueda dormir, pues desde el secuestro ha tenido pesadillas. A su abuela también la medican para su presión arterial.

Sofía se contagió de covid-19 en el hotel, pero no sabe cómo si no tenía contacto con nadie. Tuvo temperatura y gripe, le hicieron la prueba y resultó positiva.



“Me dio mucho miedo contagiar a mi abuela porque ya está grande y dormimos juntas, pero no la contagié.”

Con hambre

En la habitación 206 vive Marian, su es-poso y dos niños, uno de tres años y el otro de siete. Ella, a quien también se le resguarda la identidad, huyó de Honduras con las pocas cosas que alcanzó a agarrar, pues fue amenazada de muerte por su expareja y padre de sus hijos. Pero no quieren seguir en el hotel, se sienten inseguros.

“Hemos sufrido amenazas de muerte. Tenemos miedo de estar aquí, no trabajamos, no vamos a ningún lado. Nos tenían en otro hotel y por seguridad nos trasladaron para acá, pero es en la Ciudad de México donde nos sentimos con riesgo, porque en el otro hotel que estábamos ya nos habían encontrado. Nos queremos ir de aquí”, comenta.

Marian se refiere a los mensajes de texto que recibió con fotos del hotel en el que estuvo antes, amagándola con que ya los habían ubicado.

“Cuando estuvimos en el otro hotel un día fuimos a una tienda a comprar porque nos hicieron un depósito, compramos comida y vimos a una persona que es conocido del que nos está ame-nazando. Mi mamá, al día siguiente, me llamó y me dijo que le habían dicho que ya sabían que estábamos en la Ciudad de México y que ya sabían en qué hotel está-bamos. Ese día yo hablé a PCR y a la Acnur y nos cambiaron de hotel”, cuenta la joven hondureña, quien ya obtuvo su condición de refugiada en México.

Desde que la Organización Mundial de la Salud (OMS) declaró la pandemia, el 11 de marzo de 2020, las solicitudes de refugio subieron y luego cayeron porque, entre otras cosas, las autoridades mexicanas suspendieron los plazos legales para la tramitación de las peticiones.

Aunque en marzo se presentaron 5 mil 288 casos, según la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar), en abril apenas fueron 978 y en mayo 970, menos en comparación con el año anterior. En abril de 2019 se registraron 5 mil 690 solicitudes y en mayo, 6 mil 27.

De enero a septiembre la caída fue de 50% respecto de 2019, al pasar de 54 mil 822 solicitudes de asilo a 27 mil 666, por la pandemia.



Sin embargo, la cifra no es menor, pues en 2018 las solicitudes durante el mismo periodo fueron 17 mil 85; es decir, en 2020 hubo un incremento de 60%; de las 27 mil 666 personas que tramitaron el refugio los primeros nueve meses del año, 9 mil 296 fueron de Honduras, 4 mil 241 de Haití, 4 mil 174 de Cuba, 2 mil 625 de Venezuela, 2 mil 612 de El Salvador, 2 mil 25 de Guatemala y el resto de otros países del mundo.

Para responder a la emergencia humanitaria, la organización Programa Casa Refugiados, que opera en colaboración con la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, tuvo que adaptar la ayuda y hospedar a la mayoría de los migrantes en hoteles, pues los albergues no estaban recibiendo más personas para evitar saturación y riesgo de contagios.

“Dentro de los espacios de alojamiento a los que canalizamos están los hoteles y albergues, pero ha sido muy complejo por-que los albergues en abril, mayo, junio, julio, agosto y septiembre decidieron ya no recibir casos nuevos. Entonces, eso generó que el volumen de personas alojadas en hoteles se hiciera mucho más alto. Ahorita llegamos a tener un volumen de hasta 120 personas alojadas por inmueble en un mismo momento”, expone Gerardo Talavera.

Pese a que se mantiene el volumen de personas que atienden por mes, entre 300 y 400, ha aumentado el costo de alojar a más personas que entran y salen de los hoteles. No todos los migrantes pueden aportar para sus alimentos.

Durante la entrevista con Marian sus dos niños no paran de decirle que tienen hambre. No tienen dinero y la poca comida que reciben no es suficiente. Como ella ya obtuvo el refugio puede comenzar a trabajar, pero teme por su vida.

“Sólo estamos esperando la tarjeta (de visitante por razones humanitarias) de mi esposo para irnos. No podemos vivir una vida de incógnitos, escondiéndonos del mundo. A ver si nos apoyan ya con el traslado a otro lado”, desea.

Desde hace dos meses esperan ser llevados a otra ciudad, mientras tanto tienen que salir con gorra y lentes para no ser reconocidos. También el uso de cubrebocas les ha ayudado a ocultar su identidad.

“Tenemos miedo de salir. Imagínese si salimos de nuestro país huyendo que nos vengán a matar aquí, pues no”, dice Marian



La agonía

(J. Jesús Esquivel, pág.6-10)

Washington.- Joe Biden está en la antesala de la presidencia de Estados Unidos tras un proceso electoral inesperado y tenso en el que ni la palabra del actual titular del poder ejecutivo, Donald Trump, se pudo imponer ante la esencia de la democracia: el conteo de los votos.

“No podemos escondernos. Debemos tener calma y ser pacientes. Dejemos que el proceso (del conteo de votos) avance... Estoy seguro de que vamos a ganar”, dijo Biden con tono de presidente electo por la noche del viernes 6 al dirigirse por segunda vez a su nación desde la celebración de los comicios.

“Nunca olviden que el conteo de los votos no son números, son nombres de mujeres y hombres que se expresaron... eligieron el cambio en lugar de más de lo mismo”, destacó Biden al hablar desde Wilmington, Delaware, y acompañado de Kamala Harris, la próxima vicepresidenta.

Al dirigirse a la nación –aunque sin autodenominarse presidente electo–, Biden marcó los cuatro ejes que determinarán su administración: la lucha contra el covid-19, la recuperación económica, la reconciliación racial y el cambio climático.

Al cierre de esta edición (viernes 6), las leyes electorales de los estados de Arizona, Georgia, Nevada y Pensilvania eran la criba sobre la validez de cada una de las boletas electorales emitidas en esta atípica elección presidencial.

El registro y conteo de todos los sufragios en esos cuatro estados exponen la realidad de la democracia estadounidense, vapuleada por un discurso presidencial desesperado y narcisista, antítesis de un proceso en el que la última palabra la tiene el electorado.

En el preámbulo de una nueva era presidencial a partir del 20 de enero de 2021, el reto del ejecutivo estadounidense es reconciliar a su ciudadanía en términos civiles, raciales, económicos, ideológicos y borrar la retórica divisionista expresada en la elección.

“Si se cuentan los votos legales, gané fácilmente. Pero si cuentan los ilegales, pueden (los demócratas) intentar robar la elección”, sostuvo el presidente Trump el jueves 5 desde la Casa Blanca en otro intento fallido por socavar el proceso democrático.

Sin evidencias y hasta abandonado por algunos líderes del Partido Republicano y por miembros de su campaña presidencial –quienes le reclamaron que denunciara irregularidades sin pruebas y en contra de las leyes electorales–, Trump intentaba provocar un caos.



Cobro de facturas

El voto por correo condenó a Trump. Los electores urbanos de Arizona, Georgia, Pensilvania y Nevada le cobraron la factura por incitar al racismo, por minimizar la pandemia de covid-19, por mentir y provocar odio entre la población y por atacar a héroes locales.

“Gané la cifra más grande votantes no blancos que cualquier republicano en 60 años, incluyendo números históricos de latinos, afroamericanos, asiáticos y nativos estadounidenses. La cantidad más grande en toda nuestra historia”, decía Trump a contrapelo de lo que ocurría en realidad: un cambio de tendencia electoral en Nevada, Georgia, Pensilvania y Arizona.

Los latinos que votaron por él fueron los del estado de Texas, no la mayoría de Arizona, ni los pocos de Pensilvania y Georgia.

El voto afroamericano y urbano de condados de Georgia, por ejemplo, ubicado en regiones fieles a los defensores de los derechos civiles como Martin Luther King, favoreció a Biden y cambió la tendencia electoral que hasta el pasado jueves 5 favorecía a Trump.

En Arizona, votantes latinos condenaron con su sufragio las políticas antiinmigratorias e inhumanas de Trump, los electores blancos del condado de Maricopa, que son republicanos, no le perdonaron las críticas que el mandatario hizo a su senador John McCain, aún después de que este murió.

Los trabajadores de minas, obreros, pequeños negociantes, granjeros y empleados agrícolas miembros de la comunidad afroamericana y latina de Pensilvania, con su voto le dijeron a Trump que se cansaron de las mentiras sobre la pandemia; sus muertos les indicaban otra realidad.

Así, el viernes 6 –luego de dos días y medio de incertidumbre, riesgos, miedo y acciones legales infundadas–, el conteo de votos en el marco de las leyes electorales de Arizona, Georgia, Pensilvania y Nevada cambiaban el destino de la Casa Blanca.

Hasta el miércoles 4, la presidencia de Estados Unidos dependía de un puñado de entidades que sin prisas se expresaban al respecto.

“Por mucho tiempo he estado hablando sobre el voto por correo, realmente ha destruido nuestro sistema (electoral), que es un sistema corrupto que corrompe a la gente, aunque por naturaleza no hayan sido, se corrompen, es muy fácil”, insistía Trump en su afán por socavar la democracia y las leyes del país que todavía gobierna.



En la madrugada del miércoles 4, cuando las tendencias lo favorecían, Trump ya había pedido detener el conteo de los votos y las autoridades electorales le respondieron con un “no” rotundo.

Las boletas enviadas por correo y que llegaron a los centros de acopio antes de que venciera el plazo para ser contadas en la elección presidencial, guardaban la clave para definir el proceso y las autoridades electorales estatales actuaron conforme a la ley.

“La democracia funciona. Su voto será contado sin importar que quieran detener el proceso, yo no lo permitiré... El propósito de nuestro sistema político es garantizar la justicia, mejorar la vida de los ciudadanos. Somos oponentes políticos, no enemigos”, afirmó Biden.

Por la mañana del viernes 6 Pensilvania, que favorecía a Trump, cambió la historia: al registrar las boletas de votación que llegaron por correo, era Biden el candidato con más sufragios. Y era necesario contarlos todos, pues el límite para hacerlo vence hasta a mediados de este mes.

Lo mismo ocurrió en Georgia, Arizona y Nevada. El voto por voto favorecía al candidato demócrata y no al presidente republicano que se aferraba a no reconocer la nueva realidad. En Nevada las autoridades electorales anunciaron sin inmutarse que entregarían resultados hasta el domingo 8 o después.

Para ganar las elecciones presidenciales de Estados Unidos un candidato requiere de 270 votos de los 538 del Colegio Electoral distribuidos entre los 50 estados, territorios y la capital de la nación.

Las tendencias electorales en Arizona (11 votos), Georgia (16), Pensilvania (20) y Nevada (6) establecían que –sin apuros y en modo atípico respecto de elecciones presidenciales anteriores, cuyos resultados se conocieron en horas inmediatas al cierre de casillas–, darían el triunfo a Biden.

Los sufragios de Arizona y Nevada serían suficiente para que el exvicepresidente reemplazará a Trump. No obstante, los 16 votos de Georgia o los 20 de Pensilvania añadirían a la elección de Biden mayor legitimidad electoral para inhibir un litigio que alegara fraude.

En los comicios adelantados de Estados Unidos votaron unos 100 millones de electores, el pasado martes 3 sufragaron otros 43 millones que asistieron a los centros de votación para meter personalmente su boleta a las urnas.



Deslindes republicanos

En representación del presidente, un equipo de abogados recolectaba datos y esgrimía argumentos que sustentaran sus denuncias de irregularidades en el conteo y validación de boletas en Pensilvania, Arizona, Georgia, Nevada, Michigan, Iowa y Virginia.

En cabal respeto a las leyes federales en materia electoral, pero sin desconocer las estatales, en Georgia, Pensilvania y Michigan (que ganó Biden) las autoridades a cargo del conteo de los votos accedían a hacer otro recuento en los puntos disputados, pero no a eliminar sufragios.

Nadie, ni el presidente de los Estados Unidos está por encima de los mandatos constitucionales, de ahí que los republicanos del Congreso federal se mantuvieran en cautela y al margen de unirse los reclamos infundados de Trump sobre irregularidades y fraude en los comicios.

El jueves 5 Mitch McConnell el líder de la mayoría republicana en la Cámara de Senadores, soltó un balde de agua helada sobre las exigencias de Trump de detener el conteo de votos: afirmó que el proceso democrático debía continuar.

“Que se cuenten todos los votos y que se presenten las pruebas de las denuncias de fraude y de irregularidades”, sentenció por su parte Chris Christie, exgobernador republicano del estado de Nueva Jersey, que fungiera como asesor de esta campaña presidencial de Trump.

Además de la definición de la presidencia, también estaban en juego los 435 lugares de la Cámara de Representantes y 35 de los 100 asientos en el Senado.

Con la interrogante de Georgia –en la que habrá una segunda vuelta el próximo 5 de enero–, la proyección sobre la mayoría representativa en el Senado colocaba a los republicanos como favoritos, aunque con 51 curules contra 49, dos menos de los que gozaron en los últimos dos años.

En la Cámara de Representantes los demócratas retuvieron la mayoría con 208 puestos frente a los 197 republicanos, partido que arrebató ocho puestos, los cuales no son suficientes para cambiar el dominio del partido de Biden.

La conformación del Congreso federal con la posibilidad de una mayoría republicana mínima en el Senado también es favorable para Biden en cualquiera de los escenarios del resultado final del conteo de los votos en Arizona, Georgia, Pensilvania y Nevada.



Si Biden gana con 286 votos –los 16 sufragios de Georgia, los 11 de Arizona y los seis de Nevada– el mandato de la ciudadanía apretaría a republicanos y demócratas del Congreso a pedirle a Trump aceptar su derrota y declinar sus litigios infundados.

Lo mismo ocurriría en otra de las posibilidades aritméticas: si Biden pierde Georgia y Arizona, pero gana Pensilvania y Nevada, sumaría 279 votos del Colegio Electoral.

La incertidumbre sobre la limpieza de los comicios –que evocaría el alargamiento de la pelea en las cortes del año 2000, entre el demócrata Al Gore y el republicano George W. Bush–, ocurriría si Biden gana con 270 votos gracias a Arizona y Nevada.

Hasta con los votos del Colegio Electoral requeridos como mínimo para ser presidente, serían pocas las posibilidades de victoria de Trump en las cortes porque primero se tendrían que agotar las acciones estatales antes de llegar a la Suprema Corte de Justicia. En el 2000 esto tomó un mes en resolverse y ahora es posible que el Capitolio se oponga.

El mejor de los escenarios para enterrar las aspiraciones legales de Trump es que Biden gané los cuatro estados y con ello obtenga 306 votos del Colegio Electoral.

La pandemia de covid-19 cambió el tradicional procedimiento de votación al restringir la presencia en las urnas de decenas de millones estadounidenses e incentivó a que los electores optaran por enviar por correo su sufragio.

La elección fue un referéndum a la presidencia de Trump cuyo destino fue decidido irónicamente por los estados que lo llevaron al triunfo en las elecciones de 2016, cuando derrotó a la candidata del Partido Demócrata, Hillary Rodham Clinton.

El voto afroamericano fue clave en el cambio de rumbo de las elecciones presidenciales; una parte de los sufragantes blancos no soportaron los exabruptos peyorativos de Trump hacia McCain, el exsenador y veterano de guerra republicano que ante todo luchaba por el respeto a las instituciones democráticas.

Por su parte, el voto latino fue disperso: el de origen cubano en Florida compró a Trump el argumento de que Biden impondría un gobierno socialista; el de origen mexicano fue apático; los que votaron en Texas sacaron a relucir su conservadurismo y los de California, Nueva York e Illinois siguieron la línea progresista pero no fueron suficientes para hacer la diferencia.



Cerrar la incisión ideológica, racial, económica, cívica y de resentimiento que deja la elección presidencial y que marca el rostro político de Estados Unidos, es la tarea inmediata y más complicada a la que se enfrentará el poder ejecutivo a partir del próximo 20 de enero.

Los negocios de la exfuncionaria Robles y el publicista Kelly *(Juan Omar Fierro, pág. 30-32)*

Luis Kelly Ramírez, un publicista poco conocido en el ámbito nacional, mantuvo una relación de negocios con Rosario Robles Berlanga durante más de 20 años, lo que le redituó ganancias millonarias mediante contratos públicos para la producción de spots y publicidad oficial

Tan sólo en el sexenio de Enrique Peña Nieto, dos empresas vinculadas directamente a Kelly Ramírez y una de sus principales colaboradoras recibieron contratos del gobierno federal por 60 millones 476 mil pesos.

De esa cifra, al menos 44 millones 139 mil fueron por contratos directos que le fueron entregados a la red de empresas vinculadas a Kelly, su familia y sus colaboradoras, a través de la llamada “Estafa Maestra”.

Para la Auditoría Superior de la Federación (ASF), al menos dos compañías vinculadas Luis a Kelly Ramírez –Tunas y Nopales Comunicación y TV de Mente– forman parte del entramado que presuntamente sirvió para el desvío de 5 mil millones de pesos de las secretarías de Desarrollo Social (Sedesol) y Desarrollo Agrario, Territorial y Urbano (Sedatu), que Robles ocupó entre 2012 y 2018.

Los nexos entre el publicista y la exfuncionaria federal que hoy enfrenta dos procesos penales por los delitos de delincuencia organizada, lavado de dinero y ejercicio indebido del servicio público, nació en 1999, cuando Robles fue jefa de Gobierno sustituta en el Distrito Federal.

A partir de entonces la relación entre ambos ha estado asociada con casos de presunta corrupción y promoción política, aunque la exfuncionaria logró sortear en dos ocasiones los procesos legales en su contra, derivados de su relación con el publicista y los pagos a las empresas de éste.

Primero fueron las acusaciones contra Robles por el pago multimillonario en contratos de publicidad gubernamental a las empresas Publicidad, Cine y Video (Publicorp= y TV de Mente, ambas de la familia Kelly Ramírez.

El precio de los servicios prestados a la jefatura de Gobierno capitalino, de acuerdo con la denuncia de un exempleado de ambas empresas, Carlos Alejandro Franco, incluía un sobrecosto para que Robles pudiera hacer “un cochinito” electoral y así poder impulsar su carrera política.



En 2004, cuando Robles dirigía el PRD y se destaparon los casos de corrupción electoral asociados con los videosesándalos y el empresario Carlos Ahumada, el nombre de Luis Kelly volvió a surgir por ser uno de los grandes beneficiarios del dinero que ese partido destinó a campañas políticas.

La renuncia de Robles al PRD y su aparente pausa en sus aspiraciones políticas, también frenaron el crecimiento de las empresas asociadas con el publicista.

Sin embargo, a partir de diciembre de 2012, cuando Robles fue designada titular de Sedesol, la bonanza regresó a las firmas de Kelly Ramírez que tras 12 años de gobiernos panistas terminaron con adeudos fiscales y bienes embargados por el Servicio de Administración Tributaria (SAT).